

DISCIPULOS DEL REY CRUCIFICADO

*Meditación
Asamblea diocesana de Catequistas
24 de noviembre de 2007*

Nos reúne la *Asamblea de Catequistas* de la Diócesis en la preparación de la celebración de Jesucristo, Rey del Universo.

Dos discípulos de Juan el Bautista, orientados por él se acercaron a Jesús preguntando: “Maestro, ¿dónde vives?”, quien sencillamente les respondió: “Vengan y lo verán” (Jn 1,37-39). No fue una invitación a estar con Él sólo ese día, sino a comenzar un camino de discípulos hasta el final. Jesús los llamaba a *estar con Él* y a *contemplar* (“ver” con la mirada de la fe, del corazón) para también *anunciar* lo que viesen y oyesen. Es la invitación a ser, ante todo, discípulos, que recibimos también nosotros en la vocación de catequistas.

La celebración que cierra el año litúrgico nos invita a ser discípulos de Cristo Rey, pero, paradójicamente, del Rey crucificado. (Lc 23,35-43). *Estar con Él* y *contemplar* también junto a la Cruz. La realeza del Maestro no se manifiesta en un acto triunfal y deslumbrante, sino en una humillación; no se actúa a través de una sentencia judicial suprema, sino por medio de un gesto extremo de perdón.

¿Podemos “ver” como discípulos a un Rey en su muerte de cruz, con apariencia de “fracaso”?

Contemplemos la escena.

¿Cómo la “ven” sus protagonistas?

El pueblo “permanecía allí y miraba”: mirada curiosa con ausencia de protagonismo, masificación de las conductas por los intereses de los poderosos, “pan y circo” (y ahora hay un poco de circo).

Sometidos al dominio de un rey humano, del poder imperial de Roma, los jefes religiosos del pueblo y los soldados se sienten “poderosos” cuando rechazan, condenan y se burlan de Jesús: “¡Sálvate a ti mismo!”. Creen eliminar a un impostor (su muerte, piensan unos, manifiesta que no puede ser el Mesías anunciado en las Escrituras), o a un subversivo (intenta sublevarse para ser rey de los judíos, imaginan los otros), pero en realidad están dando muerte al Rey divino.

Y uno de los crucificados blasfema contra el Salvador que no se salva ni lo salva.

¿Y nosotros? ¿Podemos “ver”, con mirada de discípulos, algo más que lo que ellos ven?

La última compañía de Jesús es, una vez más, aquella de los despreciados del mundo, como lo había sido en sus encuentros, siempre salvíficos, con enfermos y endemoniados, con publicanos, prostitutas y pecadores. Ahora son dos malhechores, posiblemente revolucionarios zelotes.

El acto extremo de Jesús es un gesto de amor y liberación “Padre, perdónalos...”, como sello definitivo a una vida consagrada al perdón y a la salvación. Y como cumplimiento, casi en un suspiro dirige sus últimas palabras al malhechor crucificado, el único que lo ha reconocido Rey, y que le pide estar en su Reino: “hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

El pueblo, sus jefes, los soldados, el crucificado no arrepentido, piden burlonamente sólo un acto de salvación física y espectacular. Jesús ofrece, en cambio, una salvación integral y definitiva, que arranca para siempre al hombre de la muerte. En el Paraíso, símbolo del Reino de Dios, perdido por el pecado, el hombre reencontrará paz y plenitud de Vida, armonía y felicidad.

El destino que Jesús ofrece requiere la respuesta libre de quien ve y oye.

En la actitud de los dos malhechores podemos percibir cómo en la historia humana la división pasa por la conciencia y desemboca en la adhesión de fe a Jesús y la esperanza, o en el rechazo, la blasfemia y la desesperación.

En los crucificados con Cristo está dramáticamente representada la elección que frente a Él cada uno de nosotros debe realizar libremente en la soledad de su conciencia.

El foco de la escena, aquello que no ven los que matan, rechazan o son indiferentes, es el ingreso de Jesús y, junto con Él, del pecador arrepentido en el Reino de Dios.

Cuando se nos aparece como destino trágico el reinado de la muerte, Jesús nos invita a entrar con Él en el Reino de la Vida; no vino a anunciar “un Dios de muertos sino de vivientes” (Lc 20,37).

Las palabras de Jesús al crucificado anticipan el pregón pascual, el éxodo hacia la vida divina y eterna.

“Un malhechor miró hacia la muerte de Cristo, y aquello que vio le bastó para que comprendiese también su propia muerte, la bienaventuranza de su muerte. El otro malhechor distrae la mirada y Jesús no le dice nada. La oscuridad y el silencio que dominan en aquella muerte nos recuerdan que la muerte puede ser, por desgracia, también el inicio de la muerte eterna” (K. Rahner).

La proclamación de la soberanía de Cristo es fijada en una sarcástica sentencia clavada en el leño de la cruz: “Éste es el rey de los judíos”. Se verifica, en la plenitud del absurdo, aquella respuesta que pocas horas antes Jesús había dado a su juez, el procurador Pilato: “Mi Reino no es de este mundo”.

Jesús reina desde el madero de la Cruz. Ser discípulo es seguirlo hasta allí.

+ *Luis Armando Collazuol*
Obispo de Concordia

[**Regresar a Página de Homilias - Carta - Mensajes**](#)